

Sólo sirve de que el mal
Crezca con anticiparlo.
En los trabajos futuros,
La atención utilizando,
Más formidable que el riesgo
Suele fingir el amago.

¡Qué feliz es la ignorancia,
Del que, indoctamente sabio,
Halla, de lo que padece,
En lo que ignora, sagrado!

No siempre suben seguros
Vuelos del ingenio osados,
Que buscan trono en el fuego,
Y hallan sepulcro en el llanto.

También es vicio el saber;
Que si no se va atajando,
Cuando menos se conoce
Es más nocivo el estrago.

Y si el vuelo no le abaten,
En sutilezas cebado,
Por cuidar de lo curioso
Olvida lo necesario.

Si culta mano no impide
Crecer al árbol copado,
Quitán la substancia al fruto
La locura de los ramos.

Si andar á nave ligera
No estorba lastre pesado,
Sirve el vuelo de que sea
El precipicio más alto.

En amenidad inútil,
¿Qué importa al florido campo,
Si no halla fruta al otoño,
Que ostente flores el mayo?
¿De qué le sirve al ingenio

El producir muchos partos,
Si á la multitud se sigue
El malogro de abortarlos?
Y á esta desdicha, por fuerza
Ha de seguirse el fracaso
De quedar el que produce,
Si no muerto, lastimado.

El ingenio es como el fuego,
Que con la materia ingrato,
Tanto la consume más,
Cuanto él se ostenta más claro.

Es de su propio señor
Tan rebelado vasallo,
Que convierte en sus ofensas
Las armas de su resguardo,
Este pésimo ejercicio,
Este duro afán pesado,
Á los hijos de los hombres
Dió Dios para ejercitarlos.

¿Qué loca ambición nos lleva
De nosotros olvidados;
Si es para vivir tan poco,
¿De qué sirve saber tanto?

¡Oh, si como hay de saber
Hubiera algún seminario,
O escuela, donde á ignorar,
Se enseñan los trabajos!

¡Qué felizmente viviera,
El que flojamente cauto
Burlara las amenazas
Del influjo de los astros!

Aprendamos á ignorar
Pensamiento, pues hallamos,
Que cuanto añade al discurso
Tanto le usurpa á los años.

*Discurre, con ingenuidad ingeniosa, sobre la pasión de los celos.
Muestra, que su desorden es senda única, para hallar el amor;
y contradice un problema de don José Montoro, uno de los
más célebres poetas de este siglo.*

Si es causa amor productivo
De diversidad de efectos,
Que, con producirlos todos,
Se perfecciona á sí mismo:

Y, si el uno de los más
Naturales, son los celos;
¿Cómo sin tenerlos, puede
El amor estar perfecto?

Son ellos, de que hay amor,
El signo más manifiesto:
Como la humedad del agua,
Y como el humo del fuego.

No son (que dicen) de Amor
Bastardos hijos groseros;
Sino legítimos, claros,
Sucesores de su Imperio.

Son crédito, y prueba suya;
Pues sólo pueden dar ellos
Auténticos testimonios,
De que es amor verdadero

Por que la fineza, que es
De ordinario el Tesorero,
Á quien remite las pagas
Amor, de sus libramientos.

Cuantas veces, motivada
De otros impulsos diversos,

Executa por de amor,
Decretos del galanteo?

El cariño, ¿cuántas veces,
Por dulce entretenimiento
Fingiéndose quilates, crece
La mitad del justo precio?

Y ¿cuántas más, el discurso,
Por ostentarse discreto,
Acredita por de amor
Partos del entendimiento?

¿Cuántas veces, hemos visto
Disfrazada en rendimientos,
Á la propia conveniencia,
Á la tema, ó al empeño?

Solo los celos ignoran
Fábricas de fingimientos,
Que como son locos, tienen
Propiedad de verdaderos.

Los gritos que ellos dan, son,
Sin dictamen de su dueño,
No, ilaciones del discurso;
Sino, abortos del tormento.

Como de razón carecen,
Carecen del instrumento
De fingir, que esto sólo
Es en lo irracional bueno.

Desbocados ejercitan
Contra sí el furor violento;
Y no hay quien quiera en su daño
Mentir; sino en su provecho.

Del frenético, que fuera
De su natural acuerdo,
Se despedaza; no hay quien
Juzgue que finge el extremo.

En prueba de esta verdad,

Mírense cuantos ejemplos,
En Bibliotecas de siglos,
Guarda el archivo del tiempo.

A Dido fingió el Troyano,
Mintió á Ariadna Theséo,
Ofendió á Minos Pasyphe,
Y engañaba á Marte Venus.

Semíramis mató á Nino,
Elena deshonró al Griego,
Jason agravio á Medaea,
Y dejó á Olimpia Vireno.

Bersabé engañaba á Urias,
Dalida al Caudillo Hebreo,
Jael á Sifara horrible,
Judit á Olosernes fiero:

Estos y otros, que mostraban
Tener amor, sin tenerlo;
Todos fingieron amor,
Mas ninguno fingió celos.

Porque aquél puede fingirse
Con otro color; mas éstos,
Son la prueba del amor,
Y la prueba de sí mismos.

Si ellos no tienen más Padre,
Que el amor; luego son ellos
Sus más naturales hijos,
Y más legítimos dueños.

Las demás demostraciones,
Por más que finas las vemos,
Pueden no mirar á amor,
Sino á otros varios respectos.

Ellos solos se van con él,
Como la causa, y efecto;
Hay celos? luego hay amor:
hay amor? luego habrá celos.

De la fiebre ardiente suya
Son el delirio más cierto;
Que, como están sin sentido,
Publican lo más secreto.

El que no los siente amando,
Del indicio más pequeño,
En tranquilidad de tibio,
Goza bonanzas de necio.

Que asegurarse en las dichas,
Solamente puede hacerlo
La villana confianza
Del propio merecimiento.

Bien sé, que tal vez furiosos
Suelen pasar desatentos,
A profanar de lo amado
Osadamente el respeto.

Mas no es esto esencia suya,
Sino un accidente anexo,
Que, tal vez, los acompaña,
Y, tal vez, deja de hacerlo.

Mas doy que siempre; aun debiera
El más soberano objeto,
Por la prueba de lo fino,
Perdonarles lo grosero.

Mas no es vuelvo á repetir,
Preciso que el pensamiento
Pase á ofender del decoro
Los sagrados privilegios.

Para tener celos, basta
Solo el temor de tenerlos;
Que ya está sintiendo el daño,
Quien está sintiendo el riesgo.

Temor yo, que haya quien quiera
Festejar á quien festejo;
Aspirar á mi fortuna,

Y socilitar mi empleo;

No es ofender lo que adoro,
Antes es un alto aprecio
De pensar, que deben todos
Adorar lo que yo quiero.

Y este es un dolor preciso,
Por más que divino el dueño,
Asegure en confianzas,
Prerrogativas de ejemplo.

Decir, que este no es cuidado,
Que llegue á desasosiego;
Podrá decirlo la boca;
Más no comprobarlo el pecho.

Persuadirme, á que es lisonja
Amar lo que yo apetezco,
Aprobarme la elección,
Y calificar mi empleo:

A quién tal tiene á lisonja.
Nunca le falte este obsequio:
Que yo juzgo que aquí solo,
Son duros los lisongeros.

Pues solo fuera, á poder
Sontenerse estos afectos
En la línea del aplauso,
Ó en el coto del cortejo.

Pero quien con tal medida
Les podrá tener el freno,
Que no rompan desbocados
El alacrán del consejo?

Y aunque ellos en si no pasen
El término de lo acuerdo;
Quien lo podrá persuadir,
A quién los mira con miedo?

Aplaudir lo que yo estimo,
Bien puede ser sin intento

Segundo; más quien podrá
Tener mis temores quedos?

Que tiene enemigos, suelen
Decir, que no tenga sueño;
Pues como ha de sosegarse
El que los tiene tan cierto?

Quien en frontera enemiga,
Descuidado ocupa el lecho,
Solo parece que quiere,
Ser del contrario trofeo.

Aunque inaccesible sea.
El blanco: si los flecheros
Son muchos; quien asegura,
Que alguno no tenga acierto?

Quien se alienta á competirme,
Aun en menores empeños,
Es un dogal que compone
Mis ahogos de su aliento.

Pues que será, el que pretende
Exederme los afectos?
Mejorarme las finezas?
Y aventajar los deseos?

Quien quiere usurpar mis dichas?
Quien quiere ganarme el premio?
Y quien en galas del alma.
Quiere quedar más bién puesto?

Quien, para su exaltación,
Procura mi abatimiento?
Y quiere comprar sus glorias
A costa de mis desprecios?

Quien pretende, con los suyos,
Deslucir mis sentimientos?
Que en los desayres del alma
Es el más sensible duelo?

Al que este dolor no llega,

Al más reservado seno
Del alma, apueste insensibles
Competencias con el hielo.

La confianza ha de ser
Con proporcionado medio;
Que deje de ser modesta,
Sin pasar de ser despego.

El que es discreto, á quien ama
Le ha de mostrar que el recelo
Lo tiene en la voluntad,
Y no en el entendimiento.

Un desconfiar de sí,
Y un estar siempre temiendo,
Que podría exceder al mio
Qualquiera mérito ajeno:

Un temer, que la fortuna
Podrá, con ayrado ceño,
Despojarme por indigno
Del favor, que no merezco:

No solo no ofende; antes
Es el esmalte mas bello,
Que á las joyas de lo fino
Les puede dar lo discrito.

Y aunque algo exceda la queja,
Nunca queda mal, supuesto,
Que es gala de lo sentido,
Exceder de lo modesto.

Lo atrevido es un celoso,
Lo irracional, y lo terco,
Prueba es de amor, que merece
La Beca de su colegio.

Y aunque muestre, que se ofende;
Yo sé, que por allá dentro,
No le pesa á las más alta
De mirar tales extremos.

La más ayrada Deidad,
Al celoso más grosero,
Le está aceptando servicios,
Los que riñe atrevimientos.

La que se queja oprimida
Del natural más estrecho,
Hace ostentacion de amada,
El que parece lamento.

De la triunfante hermosura
Tiran el carro soberbio,
El desdichado con quejas.
Y el celoso con despechos.

Uno de sus sacrificios
Es este dolor acerbo;
Y ella ambiciosa no quiere
Nunca tener uno menos.

O, doctissimo Montoro!
Asombro de nuestros tiempos,
Injuria de los Virgilio,
Afrenta de los Homeros.

Cuando de amor precindiste
Este inseparable afecto,
(Precisión, que solo pudo
Formarla tu entendimiento.)

Bien se ve, que solo fué
La empresa de tus talentos,
El probar lo más difícil,
No, persuadir á creerlo.

El modo, que aquellos, que
Fatilmente defendieron,
Que de la nube los ampos
Se visten de color negro.

De tu sutileza fue
Ciroso, galán empeño,
Sofistica bazarria